

EL LENGUAJE DE LAS PREDICCIONES EN LA HISTORIA.

ENTRE CIENCIA Y VATICINIO

CARLOS PÉREZ LÓPEZ

Facultad de Artes, Universidad de Chile

prz1512@yahoo.fr

RESUMEN

El lenguaje de la predicción, según Humberto Giannini, es un lugar común a la sibila y al agorero, tanto como al astrónomo, al economista o al apostador. Giannini distingue entre predicciones científicas y no-científicas, de acuerdo al modo en que es o no es afectada la realidad predicha. En el presente estudio, quisiera comparar este marco analítico con la esfera epistemológica de las predicciones históricas, a partir de dos líneas propuestas por Reinhart Koselleck: una es su estudio diferenciado sobre las profecías y los pronósticos; la otra es la posición del “historiador vencido”, aquel que indaga el pasado para comprender las fallas de su pronóstico histórico.

PALABRAS CLAVE: Predicción –Pronóstico – Profecía – Ciencia – Estructuras de Repetición – Giannini - Koselleck

INTRODUCCIÓN: LAS DESPEDIDAS Y LA PROMESA DE VERSE NUEVAMENTE

Tuve la suerte de poder conocer personalmente al profesor Humberto Giannini en el año 2013, en un seminario que dictó en la Universidad Arcis, y aún de tener el tiempo de conversar tranquilamente en la espera de su curso al cual solía él llegar con una hora de antelación. En esos días yo acababa de hacer una breve estadía de estudios en París y él me pedía siempre que no dejara de saludar de su parte a sus amigos de la

Universidad de Paris 8, Patrice Vermeren y Stéphane Douailler, por quienes sentía un gran afecto.

Justamente, a propósito de la amistad, tuvimos una conversación sobre la alegría que producen los reencuentros con amigos y también de aquel difícil momento de despedirse, sobre todo si uno parte en un viaje a un país lejano y por un tiempo indefinido. Sobre esto último, yo le decía que me resultaba extrañamente triste no poder encontrar una palabra o una fórmula para separarme de mis amigos cuando no sabía si volvería a verlos pronto. Justo antes de decir “adiós” aparecía la pregunta ineludible: “¿cuándo nos volvemos a ver?”. También a él, según me decía, le llamaba mucho la atención ese momento, sobre todo porque aparecen promesas o planes imaginarios sobre el futuro, cuyo cumplimiento no podemos asegurar o no sabemos si podremos realizar, pero que se dicen y se dicen aun con cierta convicción. Da la impresión – y es lo que dialogábamos aquella vez – que esas promesas están ahí por una suerte de necesidad de aliviar el inevitable momento de la separación, o de asegurar que la separación es solo momentánea, que volveremos a vernos y que no fallaremos a la palabra empeñada, que da lo mismo cuál sea el plan que nos volverá a reunir, solo importa que sea posible y que esa posibilidad no se cierre.

Creo que retomamos un par de veces esta conversación e incluso la comentamos en su curso y nos seguía llamando la atención esa “palabra” apostada en las posibilidades del futuro, esa palabra que está ahí para aliviar toda despedida: “au revoir”, “nos vemos pronto”, “seguimos en contacto”, “nos llamamos”. En una de esas clases, justamente a propósito de esta conversación, fue citado un escrito de Borges sobre la “despedida” y creo que incluso a la clase siguiente lo leímos, y si no lo leímos, al menos lo comentamos. Se trata de la despedida que Borges dedica a su amiga Delia Elena San Marco, en *El hacedor*:

Nos despedimos en una de las esquinas del Once.

Desde la otra vereda volví a mirar; usted se había dado vuelta y me dijo adiós con la mano.

Un río de vehículos y de gente corría entre nosotros; eran las cinco de una tarde cualquiera; cómo iba yo a saber que aquel río era el triste Aqueronte, el insuperable.

Ya no nos vimos y un año después usted había muerto.

Y ahora yo busco esa memoria y la miro y pienso que era falsa y que detrás de la despedida trivial estaba la infinita separación.

Anoche no salí después de comer y releí, para comprender estas cosas, la última enseñanza que Platón pone en boca de su maestro. Leí que el alma puede huir cuando muere la carne.

Y ahora no sé si la verdad está en la aciaga interpretación ulterior o en la despedida inocente.

Porque si no mueren las almas, está muy bien que en sus despedidas no haya énfasis.

Decirse adiós es negar la separación, es decir: *Hoy jugamos a separarnos pero nos veremos mañana*. Los hombres inventaron el adiós porque se saben de algún modo inmortales, aunque se juzguen contingentes y efímeros.

Delia: alguna vez anudaremos ¿junto a qué río? este diálogo incierto y nos preguntaremos si alguna vez, en una ciudad que se perdía en una llanura, fuimos Borges y Delia.

(Borges, 2011, 179)

Ya no recuerdo qué más dijimos sobre las despedidas, pero sí recuerdo que volvimos a conversar sobre este tema y que una vez, cuando terminó su clases y salimos de la sala, nos dio mucha risa no saber cómo despedirnos y que al momento de decirnos con los demás compañeros, sin énfasis, “nos vemos la próxima clase”, él se sonreía, como un cómplice, con una sonrisa que aliviaba, mucho más que una palabra, cualquier despedida.

De algún modo, me ha seguido llamando la atención esa conciencia que tenía Humberto Giannini de las realidades que, *desde las palabras*, se despliegan entre el presente y el porvenir, en nuestra manera de vivir hoy el ayer y el mañana. Es sobre esta facultad de las palabras y sobre su modo de transitar en el tiempo de las relaciones

humanas y de sus proyectos, que quisiera hablarles en esta ocasión, tomando como punto de partida lo que he encontrado al respecto en el trabajo filosófico de Humberto Giannini sobre el lenguaje de las predicciones; y como punto de llegada la relación de este análisis con ciertos elementos análogos que he encontrado en la teoría histórica, sobre las profecías y los pronósticos.

EL LENGUAJE DE LA PREDICCIÓN EN GIANNINI

En “Anotaciones acerca del lenguaje de la predicción” (1981, 107-117), Humberto Giannini define lingüísticamente los vaticinios como aquel tipo de enunciados sobre el futuro y cuya realización no ha de ser operada por el sujeto que lo emite. Es imprescindible asentar esta definición para poder reconocer dos distinciones esenciales: en primer lugar, la diferencia entre los anuncios que se cumplen y los que no; y en segundo lugar, dentro de la clase de las predicciones que se cumplen, la diferencia entre aquellos cuya sola enunciación puede alterar, modificar o producir la realidad a la cual refieren, respecto de aquellos en los cuales la realidad se cumple sin importar si esta fue predicha o no.

En lo que respecta a los enunciados que transforman la realidad, uno podría pensar en la obra de Austin, *How to do things with words* (1962), en aquel rendimiento performativo de las palabras cuyo contenido modifica el mundo: palabras que hacen cosas, palabras que producen hechos. En cambio aquellos, cuya realidad se cumple sin importar si fue predicha o no, corresponden a enunciados propiamente científicos. Giannini llama “vaticinios normales” a estos últimos y “anormales” a los que tienen un vínculo determinante y fáctico con lo real.

Una vez hecha esta serie de distinciones, el breve escrito de Giannini ahondará en la cuestión de los “vaticinios anormales”. Identifica ahí tres, y en cada uno de ellos se interesa, por una parte, en el destinatario del mensaje y, por la otra, en la conducta que *suscita* o en la actitud que *induce* y que altera una realidad. La siguiente es la tipología de los vaticinios anormales propuesta por Giannini:

- i. Propositiones de interés social o profecía auto-cumplida: se trata de enunciados falsos sobre el futuro capaces de suscitar comportamientos que terminan por convertir en verdad el enunciado. A menudo se da en el ámbito económico, como por ejemplo en especulaciones sobre la escasez o la abundancia de un producto. El sujeto sobre el cual opera este tipo de proposiciones es un grupo social, y la conducta suscitada en estos se adecúa a lo anunciado, de modo tal que lo consuma. (Giannini, 1981, 110-111).
- ii. Vaticinio inductor: se trata esta vez de la producción de un fenómeno a partir de la predicción misma. Los ejemplos de este vaticinio se encuentran en los mitos griegos (Teseo, Edipo, Príamo, Casandra, Sócrates). Según Giannini no interesa aquí juzgar la realidad o irrealidad de estas leyendas, sino el modo que tienen de cumplirse. Este tipo de vaticinios ya no recae sobre un grupo social, sino sobre un individuo solitario: el héroe. El conocimiento anticipado de su destino, induce en el sujeto heroico una actitud de rebeldía, desafiante de la voluntad de los dioses. Sin embargo, su intento por torcer la fatalidad viene a ser el medio objetivo por el cual esta se cumple. Valga mencionar brevemente aquí el caso especial de Sócrates sobre el cual Giannini llama la atención (1981, 113, 117), pues constituye una cierta excepción en la actitud inducida por el vaticinio (“ser el más sabio de los hombres”), que no es la rebeldía, sino una búsqueda, a la larga infructuosa, de otro hombre más sabio. Pero por mucho que el héroe aquí

no sea rebelde, sigue siendo el vaticinio inductor el origen mismo de una actitud singular, la verificación, en cuyo proceso surge un heroísmo de la razón (Giannini, 2006, 9-22)

- iii. Vaticinio semi-inductor: este tipo de proposiciones se asemejan al “mito cristiano” de Adán frente a la prohibición de comer del árbol del conocimiento del bien y el mal. La palabra que prohíbe viene a funcionar como un vaticinio de lo que será hecho, pese a decir lo contrario. Sin anunciar una verdad, su mero carácter prescriptivo induce una actitud desafiante. Por otra parte, “[es] a partir del [vaticinio semi-inductor] – de la Palabra entendida – que se librerá el drama inicial de la historia”. De la historia, dice Giannini, porque Adán, en tanto destinatario, es un individuo, pero es también el único hombre, es decir es hombre y especie a la vez. La actitud transgresora inducida en el individuo se extiende así al individuo-humanidad. (Giannini, 1981, 113-114)

Si bien, esta tipología tiene sus focos en el destinatario del vaticinio fáctico (grupo social, individuo, humanidad), en la conducta que suscita la predicción (profecía auto-cumplida) o en la actitud que induce (vaticinio inductor y semi-inductor), sería importante remarcar otro aspecto también mencionado por Giannini al respecto: la credibilidad del emisor. Si retomamos la definición de la predicción, encontramos que el emisor es aquel que no interviene directamente en su realización. No obstante, resulta que sí lo haría indirectamente en función del grado de credibilidad que se le atribuye. Giannini plantea el siguiente ejemplo a propósito de los vaticinios de tipo “profecía auto-cumplida”:

Supongamos que un hombre que sabe o que dice que tiene prestigio como para que se le crea, declare públicamente que “el próximo mes se agotarán totalmente las reservas en moneda extranjera”. Es más que probable entonces que aun cuando las condiciones actuales

no se inclinen hacia nada parecido, por el hecho de anunciar la escasez, se inviertan las condiciones reales y de hecho se produzca el fenómeno denunciado. (1981, 110)

La autoridad del emisor es en este caso el prestigio de un experto. Pero en los otros dos tipos de vaticinios aparece de un modo claro también el carácter de la autoridad (la del oráculo o la del verbo divino) como factor decisivo en el cumplimiento del enunciado. Tal autoridad no es atributo de cualquiera, sino una distinción y una posición a tal punto determinante, que la realidad se adecuará activamente al lenguaje de su predicción y se comportará en función de su palabra; dicho de otro modo, se comportará, según sea el caso, haciendo, confrontando o transgrediendo lo que la palabra de esa autoridad dice.

ESTATUTO EPISTEMOLÓGICO DE LAS PREDICCIONES HISTÓRICAS

Es este el marco en el cual quisiera proponer una comparación entre el lenguaje de la predicción, tal como ha sido pensado por Giannini, y el lenguaje de las predicciones históricas. Me interesa poder establecer esta comparación teniendo en cuenta la distinción entre lo científico y lo no-científico reflejada en la lengua de las predicciones, es decir entre el vaticinio normal (científico) y el vaticinio anormal (fáctico). Esta distinción es hecha por Giannini según el criterio de las ciencias físicas, cuyas leyes existen con independencia de la lengua humana y permiten discernir como “normales” las proposiciones que enuncian los fundamentos de la naturaleza. Ahora bien, me parece que sería posible extender la cualidad científica a los vaticinios “anormales”, lo que equivaldría a desplazar las fronteras del criterio mismo de lo científico. Mi hipótesis es que en la escena del vaticinio “anormal” habría un presupuesto de conocimiento, una base epistemológica sustentada en la experiencia, sin

la cual no podría emitirse el vaticinio. Y digo esto desde el punto de vista de lo que podría llamarse “ciencia histórica”. Sin entrar aquí en el debate sobre el tipo de estudio que se requeriría para llamar “ciencia” a los estudios históricos, me limitaré a citar el trabajo de Reinhart Koselleck sobre teoría histórica e historia conceptual, que me parece especialmente adecuado para ser puesto en diálogo con el análisis de las predicciones, sobre todo por su modo de abordar la relación entre lenguaje y realidad histórica, donde se refiere precisamente a la lengua de las profecías y de los pronósticos en clave epistemológica (Koselleck, 2013, 147-150).

Las predicciones (históricas o no-históricas) precisan un fondo de conocimiento tal del pasado que permita vislumbrar lo que habrá de suceder. Según Koselleck, esa base de conocimiento se nutre de dos componentes inseparables: por un lado habría estructuras de repetición, por el otro acontecimientos únicos (Koselleck, 2013, 125-129). La cuestión es compleja porque las estructuras de repetición en la historia se dan en varios tipos de fenómenos, cada uno de los cuales tiene su propio ritmo temporal: uno cosmológico (la regularidad de los astros, día, noche, estaciones), otro biológico (regularidad del comportamiento animal, alimentación, reproducción, vida-muerte) y otro netamente humano (regularidad de las instituciones, cultos, rutinas) (Koselleck, 2013, 135-146). Como todas estas estructuras se encuentran superpuestas y actúan simultáneamente, puede darse que un suceso perteneciente a una estructura de repetición, repercuta en otros como un acontecimiento inesperado o imposible de predecir¹.

¹ Hallamos un ejemplo del conocimiento de una estructura de repetición proyectada como acontecimiento, en la historia anecdótica narrada por Tzvetan Todorov sobre las virtudes de Cristóbal Colón, hermenéuta de la naturaleza: “[Colón] sabe interpretar los signos de la naturaleza en función de sus intereses: por lo demás, la única comunicación verdaderamente eficaz que establece con los indígenas se efectúa sobre la base de su ciencia de las estrellas: es cuando, con una solemnidad digna de las tiras cómicas clásicas, aprovecha su conocimiento de un inminente eclipse lunar. Varado desde hace ocho meses en la costa de Jamaica, ya no logra convencer a los indios de que le traigan comida gratis: los amenaza entonces con robarles la luna y, la noche del 29 de febrero de 1504, empieza a poner en

Por otra parte, si se analiza el lenguaje que nombra las estructuras de repetición en el tiempo nos hallamos ante otra trama compleja: por un lado, está el lenguaje que nombra las realidades históricas, esto es las transformaciones pasadas, presentes, y las que están por venir; por el otro, ese lenguaje no es infalible y no siempre coincide exactamente con lo que nombra. A veces los estados de cosas se transforman de un modo acelerado y los conceptos que las nombran no llegan a registrar inmediatamente sus cambios; otras veces son los conceptos los que se transforman alejándose de las realidades que nombraban y allegándose a otras nuevas (Koselleck, 2012, 33-34).

Al hacer la distinción entre la historia de los acontecimientos y de los estados de cosas, respecto de la historia de los conceptos que interpretan una realidad, Koselleck advierte que un estudio histórico no puede reducirse a una u otra, más bien debe considerar las diferentes velocidades y aceleraciones con las que pueden ellas transformarse y aun las diversas variantes de su articulación temporal. En este sentido, es necesario estar al amparo de la referencia temporal natural, de la datación biográfica o cronológica de los hechos, ya que el tiempo histórico no estará dado por una secuencia lineal, sino por los datos y fuentes que indiquen el modo en el que una época concibe su pasado conocido y también su posible futuro, o tal como lo enuncia Koselleck en términos antropológicos, su *espacio de experiencia* acumulada y su *horizonte de expectativas* (Koselleck, 1993, 333-357). En este sentido, el lenguaje de las realidades por venir se halla en el horizonte de expectativas de una época. De ahí la importancia de prestar atención científica a las profecías y los pronósticos, sean estos predicciones que se cumplen o no, vaticinios normales o anormales, pues en el horizonte de expectativa se reflejan también las estructuras de repetición, el espacio de experiencia conocida sobre el cual se basa un vaticinio cualquiera.

ejecución su amenaza, ante los ojos aterrorizados de los caciques... El éxito es inmediato.” (Todorov, 1998: 28)

UNA PERSPECTIVA AMPLIADA DEL LENGUAJE DE LAS PREDICCIONES

El análisis de Koselleck genera así no solo una perspectiva ampliada del esquema esbozado por Giannini sobre el lenguaje de la predicción, sino también la posibilidad de releerlo en función del criterio epistemológico de una experiencia histórica acumulada y de su horizonte de expectativas. Así, los “vaticinios científicos” no se darían solamente en las predicciones verdaderas vertidas sobre las leyes naturales, sino también en predicciones históricas que no se cumplen, que provocan movimientos sociales, y que serían fuentes del conocimiento de una época. Las profecías serían una figura ejemplar al respecto. Cuando Koselleck se refiere a estas, hace hincapié en esa extraña propiedad según la cual el incumplimiento de su contenido incrementa la probabilidad de que resulte aún más certera en el futuro, por mucho que no se realice o que su certeza finalmente se esfume. La victoria final del proletariado en la “lucha de clases” anunciada por Karl Marx en el *Manifiesto Comunista* es uno de estos casos (Koselleck, 2013, 148). Si uno descarta juzgarla según su realización histórica y se ciñe meramente a los cambios que su expectativa generó, bastaría cotejar los efectos producidos en el ordenamiento político del siglo XIX en torno a su idea o los efectos causados a comienzos del siglo XX por la puesta en práctica de una de sus variantes complementarias: la “huelga general revolucionaria”².

Otro tanto tendría que decirse sobre los pronósticos o prognosis, cuya especificidad radica en el anuncio, en el ámbito político, social o económico, de un

² La realización de la huelga general proletaria como continuación de la lucha de clases anunciada por Marx es uno de los fundamentos del socialismo revolucionario teorizado por Georges Sorel en su obra clásica *Reflexiones sobre la violencia* (1973: 119-154). Por otra parte, el carácter profético de esta idea había sido ya decisivo en la formación del sindicalismo internacional durante el siglo XIX; su historia remonta al siglo XVIII, cuando algunos pensadores burgueses anunciaban la posibilidad de una “huelga universal de la clase trabajadora”, cuestión que en aquel entonces parecía más un relato fantástico y legendario que una realidad plausible. (Brecy, 1969: 8)

acontecimiento futuro único o de una estructura de repetición recursiva que puede cumplirse o no. Desde el punto de vista del conocimiento histórico, y al igual que en las profecías, lo importante aquí es que el pronóstico expone necesariamente un presupuesto repetible según el cual cabe presagiar la secuencia o el suceso puntual por venir (Koselleck, 2013, 148-149). La imposibilidad de salir de un círculo vicioso cualquiera podría servir como imagen de un pronóstico negativo basado en una estructura repetitiva. Koselleck se sirve de una observación militar análoga realizada por Federico el Grande que terminó siendo una predicción duradera. En su modo de comprender la derrota que había sufrido Carlos II de Suecia en Rusia, sostuvo que “todo aquel que se atreviera a avanzar desde Europa occidental hacia el este sin tener en cuenta las condiciones geográficas y climáticas sufriría el corte de sus líneas de suministro y refuerzos, y perdería así cualquier chance de lograr una victoria” (2013: 150). Las derrotas en las campañas rusas de Napoleón y Hitler no solo vinieron a confirmar esta predicción, sino a mostrar el modo según el cual la historia por venir se deja conocer en los indicios iterativos de la experiencia pasada.

Por último, y siempre en la línea del valor epistemológico de las predicciones en historia independientemente de su cumplimiento, cabe señalar una tesis singular de Koselleck sobre uno de los modos en los que se registra la historia. En *Los estratos del tiempo* (2001), Koselleck sostiene que “la historia la escriben los vencidos”, para probar que la posición de una derrota política y social se encuentra al origen del oficio del historiador, como aquel que precisa explicar las razones que han llevado, en el largo plazo, a un estado de cosas no deseado. El incumplimiento del horizonte de expectativas de una época plantea la necesidad de recapitular las causas por las cuales sucede lo que no estaba previsto. El vencido es el que se hace cargo del *hiato* entre el curso histórico

previsto y un acontecimiento inesperado, asumiendo el fracaso en su propia lectura de las estructuras históricas de repetición.

Es un principio de experiencia acreditable que a corto plazo la historia la hacen los vencedores, a medio plazo probablemente se mantenga así y a largo plazo no hay quien la controle. [...] Ocurre lo contrario entre los vencidos. Su primera experiencia es que las cosas han salido de manera distinta a lo que pretendían o esperaban. Cuando reflexionan, entran en una situación de necesidad justificativa para explicar por qué todo ha sucedido de otra manera y no como lo habían pensado. De este modo puede ponerse en marcha una búsqueda para comprender, y tal vez explicar, a largo plazo los motivos de la actual sorpresa. [...] Puede que la historia – a corto plazo – sea hecha por los vencedores, pero los avances en el conocimiento de la historia – a largo plazo – se deben a los vencidos (Koselleck, 2001, 82-83)

En este sentido, la falla en la lengua de la predicción viene a ser el presupuesto de la ciencia histórica, la necesidad de dar cuenta de las condiciones que supuestamente deberían haber conducido a una realidad, así como de los factores que fueron decisivos en impedir que esta sucediera y, finalmente, de los elementos que intervienen novedosamente en el acontecimiento inesperado. Por lo mismo, la tesis del historiador vencido es también la tesis sobre el modo en que se cristaliza la historia, cuyo sentido revisionista implica el de su reescritura, es decir la serie de justificaciones históricas que surgen ante la falla de las predicciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Austin, John L. (1962), *How to do things with words*. Londres: Oxford University Press.
- Borges, Jorge L. (2011), *Obras Completas*, vol. 2. Buenos Aires: Sudamericana.

- Brecy, Robert. (1969), *La grève générale en France*. París: Edi.
- Giannini, Humberto. (1981), *Desde las palabras*. Santiago: Nueva Universidad.
- Giannini, Humberto. (2006), *La Razón Heroica (Sócrates y el Oráculo de Delfos)*. Santiago: Catalonia.
- Koselleck, Reinhart. (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos*. Barcelona: Paidós.
- Koselleck, Reinhart. (2001), *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós I.C.E./U.A.B.
- Koselleck, Reinhart. (2012), *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.
- Koselleck, Reinhart. (2013), *Sentido y repetición de la historia*. Buenos Aires: Hydra.
- Sorel, Georges. (1973), *Reflexiones sobre la violencia*. Buenos Aires: La Pléyade.
- Todorov, Tzvetan. (1998), *La conquista de América: el problema del otro*. México: Siglo Veintiuno editores.